

EDITORIAL

COROS Y DIRECCIÓN CORAL

LOS Festivales Corales que, desde hace poco más de cinco años, organiza la Asociación de Educación Musical, con la cooperación del Ministerio de Educación y de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile, es indudable que han cumplido con creces el primero de los objetivos propuestos: extender el cultivo de la música coral en todo el país y, principalmente, a través de los liceos y escuelas, del Estado y particulares.

En los últimos años, el número de conjuntos corales en las escuelas ha crecido de manera acelerada. Algunos centros de obreros y artesanos han sentido también este poderoso estímulo y han organizado coros, tan valiosos, por ejemplo, como el de San Antonio, ramificación que merece todos los elogios de la obra cumplida en estos aspectos por el Coro Universitario del Instituto de Extensión Musical.

Se cuentan por decenas de decenas, pasan con mucho de un centenar los conjuntos corales que existen en el país. El canto coral ha llegado a una expansión en su cultivo entre nosotros que no tiene paralelo y, en cuanto a la calidad, el Coro Polifónico de Concepción que dirige Arturo Medina, el Universitario que dirige Mario Baeza, el de San Antonio, dirigido por Waldo Aránguiz, el de la Escuela de Leyes de Valparaíso, cuyo director es Marcos Dusi, pueden situarse en el primer rango de los conjuntos de su clase que existen en el Continente. Todo esto, que es mucho, poseemos en Chile. Pero, precisamente porque es tanto lo alcanzado, dos problemas en la música coral se presentan en nuestro medio, con virulencia que exige una resolución pronta: falta de un repertorio selecto, falta de directores corales. Ni en uno ni en otro sentido, la buena voluntad ni las soluciones de pasada sirven ya de mucho.

Si el Coro Polifónico de Concepción y el Universitario de nuestro Instituto, como los que destacamos en el párrafo anterior, y algún otro

que podría añadirseles, han llegado al grado de excelencia que hoy tienen, se debe en primer término a que su labor ha estado desde la partida en manos de un director, técnica y artísticamente capaz. Pero en el Conservatorio Nacional ni en ningún otro centro de enseñanza de la música, hay establecidas cátedras para formación de directores de coros. Carecemos, por tanto, de ellos y los músicos que se improvisan en este particular oficio, por muchas que sean sus condiciones o su intuición, a duras penas logran lo que de ellos pide ya la magna labor en marcha. Digámoslo con rotundidad: los Quintos Festivales Corales, celebrados en el Teatro Municipal a fines de 1953, evidenciaron, sí, que disponemos en Chile de un gran número de agrupaciones corales, pero también que en la mayoría de ellas no preside un criterio rector adecuado en cuanto al repertorio, ni una eficiencia técnica suficiente en la dirección. Creados los órganos para el cultivo y difusión de la música coral, es urgente que dispongan de quienes los deben orientar hacia los más altos logros musicales y con la preparación necesaria para este difícil arte de intérprete que es el de director de coros.

Prescindiremos de momento en estas consideraciones, pero volveremos sobre él, del problema que se refiere al repertorio, para centrarnos en el de la escasez de directores. La práctica ha demostrado que no nos faltan personas entusiastas para organizar agrupaciones corales, ni abundancia de voces excelentes, ni cuánto es necesario para que conjuntos de esta índole se formen y persistan en una labor. Al frente de estos conjuntos, ¿quiénes se sitúan? No directores que hayan sido ejercitados en la interpretación de la música coral, a los que se ha provisto de los conocimientos técnico-interpretativos y estético-musicales que su ardua misión requiere, sino personas que demuestran aptitudes, gusto o, simplemente, intuición para hacerse cargo de tamañas responsabilidades. Debemos agregar, en honor de la verdad, que los resultados obtenidos son prodigiosos en un gran número de casos, pero ni esto —fruto del azar y de innatas condiciones musicales— justifica que en materias artísticas de tanta altura continuemos por sendas excusadas en vez de ir por el camino positivo y real que debe seguirse.

El Conservatorio Nacional de Música tiene que crear en el más breve plazo una cátedra de dirección coral y organizar el plan de estudios que un director de coros debe cumplir, a la vez que se inicia en este aspecto de la técnica de la interpretación. Este es el primer e inexcusable paso que ha de darse para corregir rumbos que pueden

llevar al completo extravío un campo tan lleno de promesas en nuestras actividades musicales. Los profesores de educación musical que se forman en el Conservatorio precisan también de este tipo de enseñanza, ya que la práctica musical en las escuelas es sobre todo coral. No basta que efectúen los estudios que hasta ahora realizan, incluso en lo que se refiere a la interpretación de música coral, sino que los perfeccionen dentro de una cátedra especializada de dirección coral. El alumnado para ella sobraría; a cuantos alumnos se interesen en un futuro cercano por estos estudios, deberían sumarse de inmediato los muchos directores de coros en ejercicio que precisan de una formación verdadera.

En los dominios de la dirección coral, una vez más se antepone en Chile las necesidades de nuestra cultura musical a las previsiones docentes. No es de lamentar, cuando ello significa tan buen síntoma de la vitalidad con que la música se desarrolla entre nosotros. Pero sería imperdonable en las autoridades universitarias desoír a estas alturas tan fuerte reclamo como plantea la multitud de coros que hoy existen con directores que sólo pueden exhibir su amor a la música, su buena voluntad y una escasa capacitación profesional como títulos para la obra en que se esfuerzan.

S. V.

*

NOTA: *A partir del presente número, la Revista Musical Chilena estará bajo la dirección de Pedro Mortheiru, quien sucede en esta labor a Leopoldo Castedo. Mortheiru, sobradamente conocido como fundador y director de obras del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica por más de una década, ocupa, junto a Pedro de la Barra, Director del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, el lugar indiscutido de los renovadores de la escena chilena en los últimos años. Sus amplios intereses artísticos, en parte importante por su profesión de arquitecto, además de sus viajes por el extranjero, invitado por diversos Gobiernos, lo califican para su nueva actividad de Director de nuestra publicación, ampliando así el ejercicio de sus variadas capacidades.*

Se ruega a los corresponsales, tanto del país como del extranjero, se sirvan conectarse, en lo sucesivo, con el nuevo Director. Por otra parte, éste hace un especial llamado a los corresponsales de provincias en el sentido de mantenerlo continuamente informado de sus

actividades musicales propias. Es ése un campo sobre el cual, por lo general, se dispone de escaso material, desconociéndose en gran parte la interesante actividad musical que la provincia pueda estar desarrollando. Este lazo de unión entre la capital y otras ciudades del país debe formarse para un mejor conocimiento de las actividades musicales chilenas.

Finalmente, el cambio de la Directiva de la Revista no significará en modo alguno un nuevo enfoque de ésta, continuando así su tradicional factura basada en una rigurosa selección de material especializado, proveniente de todos los centros musicales del mundo y, particularmente, del país.